

sobre el rebaño cometido por Dios á su cuidado; bien que por el impedimento que padecía en la lengua, se valia de su diácono, llamado Vicente, sabio y elocuente, para satisfacer el cargo de la predicacion.

Suscitaron en su tiempo los emperadores Diocleciano y Maximiano, enemigos capitales del nombre cristiano, la cruel persecucion que padeció la Iglesia en principio del siglo iv. Enviaron á España por gobernador de la provincia de Tarragona á Daciano, hombre bárbaro é inhumano, encaprichado, mas si cabe que sus principales, en sostener á toda costa las necesidades de las supersticiones paganas; y queriendo distinguirse en la actividad sobre el cumplimiento de los decretos imperiales, luego que supo los progresos que Valerio y Vicente hacian en la religion, les mandó prender, dando orden de que fuesen conducidos á la ciudad de Valencia cargados de cadenas, lisonjeándose que con las fatigas del camino, y malos tratamientos, que encargó á los conductores, triunfaria de los dos héroes cristianos que por entonces brillaban en la nacion; pero quedó admirado cuando despues de tan penosa marcha, é incomodidades de la prision, les vió en su presencia tan sanos y robustos, como si jamás hubieran padecido las aflicciones que tanto recomendó.

Pareció á Daciano que para rendir á hombres de aquel carácter y reputacion tendria mas eficacia la urbanidad que el rigor: con cuya idea habló primero á Valerio en tono de humanidad, representándole: que de justicia pedia su vejez algun descanso y tranquilidad; lo que lograria siempre que obedeciese los edictos imperiales, dirigidos á que todos los vasallos del Imperio rindiesen veneracion á los dioses; extrañando que ya en su ancianidad procediese contra ellos á pretesto de religion. ¿Ignorais, le añadió, que los que obran así, se esponen á perder la vida, pues los principes del mundo no permiten que se profane el culto antiguo por leyes nuevas, é inauditas? Obedece estas superiores órdenes, y mueve con tu ejemplo á que las cumplan los inferiores, cuando vean que no las desprecia su Pastor.

Oyó Valerio con impaciencia este doloso razonamiento, y no pudiendo esplicarse con la expedicion que deseaba su ardor, á causa del impedimento dicho, convertido á Vicente, le dijo: Hijo carísimo, responde por los dos en defensa de la religion de nuestro Señor Jesucristo, por cuyo amor somos dignos de padecer. Hizolo el santo Diácono con tanto espiritu y elocuencia, que ofendido Daciano de su generosa libertad, y especialmente de que en su presencia tuviese valor de declamar contra los de-

lirios de la idolatria, que descargando sobre él su cólera, se contentó con desterrar á Valerio, ó ya porque consideraba que no lograba ningun triunfo en vencer á un hombre de su avanzada edad, ó por parecerle que á virtud de sus años seria de pocos momentos la eficacia de su predicacion para sostener y alentar á los cristianos, sin la voz viva de Vicente.

Sintió nuestro Santo en el alma la separacion de su amado Diácono; pero siéndole preciso obedecer la providencia del tirano, se retiró á un pueblo pequeño llamado Enate, distante una legua de Barbastro, donde vivió catorce años ocupado en oracion, ejercicios de penitencia y en santas vigalias en el templo que edificó en honor de S. Vicente, luego que se verificó su martirio: y así continuó siendo el ejemplo de edificacion de todo el pais, hasta que cargado de años y de merecimientos, murió en el Señor por los años 315.

Su cuerpo fué sepultado en el castillo de Estrada; pero perdida la memoria de su estancia con motivo de la ocupacion de España por los Arabes, y hallado despues de muchos siglos por Arnulfo, obispo de Libagorza, en virtud de una divina revelacion, se le trasladó al castillo de Roda. Conquistado éste, y su ciudad por Alonso I, rey de Aragon, en el año 1118, se hizo la traslacion de un brazo del santo Obispo á Zaragoza en el de 1121, la cual se ejecutó con inesplicable gozo de aquella capital, que estimó en la ocasion regresado en hombros de sus súbditos del destierro á su celeberrimo Pastor. En el de 1170 pidió Alonso II á Guillermo Perez, obispo de Lérida, á cuya diócesi por entonces pertenecia Roda, la cabeza de S. Valerio, y recibéndola el Rey en sus propias manos, la entregó á Pedro, obispo de Zaragoza, para su colocacion en aquella iglesia, que con efecto se hizo con toda solemnidad, donde se conserva inclusa en una urna de plata adornada con piedras preciosas, la cual se dice dádiva del cardenal D. Pedro de Luna. Al tiempo de las traslaciones dichas se dignó el Señor obrar muchos prodigios, los mismos que continuán en favor de los naturales, que usan de este tesoro en las necesidades públicas, experimentando repetidos beneficios por la poderosa intercesion del Santo para con Dios.

SAN JULIAN, OBISPO DE CUENCA.

SAN Julian, Obispo y patron de Cuenca, ornamento de la Iglesia, honor inmortal de España, y gloria de la ciudad de Burgos, nació en ella el año de 1128. Su concepcion tuvo muchas señales de milagrosa, ó por lo menos mas se debió á las

oraciones de sus piadosos padres, que á los esfuerzos regulares de la naturaleza. Contaban muchos años de casados sin el consuelo de sucesion ni esperanza de tenerla: acudieron al cielo con fervorosas súplicas, y fueron atendidos sus deseos. Hizose embarazada su madre, y un sueño que tuvo el padre de Julian por este tiempo, le puso en espectacion, de manera que sin dejar de ser cuidado, se ladeaba mas la inclinacion á interpretarle misterio. Representóle una noche la fantasia que ardia en vivas llamas su cuarto, y que sin respetar el incendio, se iba ocupando todo él de aves nocturnas, de animales oscuros, y de feas sabandijas, que con sus ingratos aullidos, y con su tedioso aspecto, eran horror de los ojos, y tormento de los oidos. Pero notó que saliendo de su mujer un hermoso cachorrillo, mas blanco que la misma nieve, cambió el voraz incendio del cuarto en un inocente resplandor, con las brillantes y lucidísimas centellas que despedía por los ojos y la boca, al mismo tiempo que con sus apacibles ladridos despejó la pieza de tanto animal inmundado, y hecho esto, se volvió el tierno cachorro á refugiarse en su albergue. Despertó, comunicó el sueño á su mujer, y conviniendo ambos en que eran especies demasíadamente arregladas, para que las enlazase el casual desorden de la imaginacion, neutrales entre la confianza y el susto, esperaron á que el tiempo aclarase su significado.

Solo tardaron en entenderle lo que tardó el niño en nacer. Luego que vió la luz, levantó el tierno bracito, y echó la bendicion á los circunstantes, como lo hacen los obispos cuando bendicen al pueblo. Al asombro que causó esta maravilla, se siguieron inmediatamente otras dos, que fueron á un mismo tiempo interpretacion del misterioso sueño y esplicacion de la primera. El mismo dia que bautizaron al niño, se oyó en el aire una suavisima música de los ángeles que cantaban este motete: *hoy ha nacido un niño, que en gracia no tiene par*; y al mismo tiempo que le estaban bautizando, se dejó ver sobre la pila un ángel en figura de un niño hermoso y corpulento, con una mitra en la cabeza, y con un báculo pastoral en la mano que decía: *Julian ha de ser su nombre*. Esta continuacion de prodigios se pudieran llamar aun mas que vaticinios, historia de lo futuro, ó noticia puntual de lo que Julian habia de ser.

Ahorró á sus devotos padres el cuidado de la educacion, porque desde que fué capaz de ella, mostró que no la habia menester. Prevenido con mucha anticipacion de la divina gracia, comenzó á ser santo antes de ser hombre, y cuando apenas asomaba en su entendimiento el uso de la razon, ya era muy

conocido en su inocente alma el uso de la virtud. Niño en los años, y maduro en las costumbres, castigaba en su tierno cuerpo la inocencia, como si tomara venganza de la malicia. Aun no sabia pecar, y ya sabia ayunar, haciéndolo tres dias cada semana, con tanto rigor, como si castigara desórdenes de la gula el que apenas habia aprendido á comer. Desconoció enteramente las travesuras de la niñez, y todos sus juegos se reducian á retirarse largos ratos, y rezar con tierna devocion muchas oraciones, que tenia señaladas para cada dia.

Correspondieron sus progresos en el estudio de las letras á sus adelantamientos en la ciencia de los Santos. Hizose dueño de la latinidad, de las artes liberales, y de la sagrada Teología, con tanta rapidez, y con tanta facilidad, que mereció pasar de discípulo á maestro, enseñando esta última facultad con tanto crédito de su sabiduría, como concepto de su elevada virtud. Murieron sus padres en esta sazón, y dejándole heredero de un honrado patrimonio, no faltaron amigos que le aconsejasen siguiese el ejemplo de los que le habian dado el ser, abrazando el mismo estado, para perpetuar en su descendencia los bienes que poseia. Despreció unos consejos en que tenia mas parte el espíritu del mundo, que el espíritu del Evangelio, y resolvió conservar perpetuamente intacta su virginal pureza, para que fuese mas grata al Señor la entrega que ya le habia hecho de todo su corazón.

Con este espíritu de devocion y de recogimiento labró una humilde casita, pegada por una parte al convento de S. Agustin, y por otra á una ermita que habia sido habitacion de Sto. Domingo de Silos, para que una y otra vecindad fomentasen el retiro, y fuesen incentivo á su fervor. El ejemplo de los religiosos avivaba en él la devocion; y la memoria del milagroso ermitaño encendia mas y mas en su corazón el amor á la soledad.

No debió de bastar esta señal á los que importunaban sobre que se casase, para que conociesen que eran muy distintos sus santos pensamientos; y acaso con el fin de que les entrase por los ojos el desengaño, manifestando con las obras que ya habia tomado su partido, recibió las cuatro primeras órdenes, pero sin querer pasar de ellas, hasta haber recogido mas caudal de devocion y de virtud, persuadida su humildad á que todavía le faltaba mucho para el que pedía la sublime dignidad del sacerdocio. Fué en fin promovido á ella, y con la nueva dignidad, si no se vió en Julian otro nuevo hombre, se hizo por lo menos muy perceptible á todos una palpable renovacion de fervor.

Pareciéndole que podía ser tibieza en el sacerdote, la que era

devocion en el seglar, se entregó total y absolutamente á la oracion, al estudio y al retiro. Celebraba cada dia el santo sacrificio de la misa en el altar de un devoto y milagroso Crucifijo, con tanto recogimiento, con tanta compostura, con tanta gravedad, y con tanta devocion, que la comunicaba á todos los asistentes; de manera que los que entraban en el templo indevotos, solo con verle celebrar, se reconocian compuestos, y salian compungidos. Las dulces lágrimas que se desprendian de sus ojos eran de ternura, sin dejar de ser inundacion; y dándose por entendidos los corazones de los que la observaban, hacian devota compañía las que se derramaban en la iglesia, á las que se vertian en el altar.

Desde él se retiraba á su cuarto; todo el tiempo que no dedicaba á la oracion le empleaba en el estudio de la sagrada Escritura, y en la atenta leccion de los santos Padres y Doctores de la Iglesia, negándose absolutamente á la lectura de autores profanos; persuadido á que esta especie de erudicion, en quien no tiene obligacion de dedicarse á ella ó por instinto, ó por ministerio particular, si no desdice de la santidad del sacerdocio, contribuye poco á perfeccionarla, y cuando no disipe el espíritu, á lo menos le deseca. No habia que hablarle en negocios puramente seculares, pues en no perteneciendo directa ó indirectamente á la salvacion de las almas, ó al bien espiritual de sus prójimos, no solo se negaba resueltamente á sus oficios; sino tambien á su noticia: pronto, espedito, activo, y siempre eficaz en los primeros, se hacia del todo sordo á los segundos, siendo de dictámen que el sacerdote debe ser continuamente mediador entre Dios y el pueblo; pero nunca entre el pueblo, el interés, la ambicion, la conveniencia ó la codicia.

Estimulado del celo, y de la obligacion en que le empeñaba su estado, cuando se halló con suficiente caudal de doctrina, por no estancar las aguas que tenia recogidas en su cisterna, derivadas de la fuente del Salvador, determinó comunicarlas á los pueblos por el ministerio de la predicacion. Dió principio á él, predicando en las aldeas ó poblaciones reducidas de los contornos de Burgos. El fruto correspondió á la solidez de los sermones, á la pureza de la intencion y á la santidad del predicador. Envidiosa con santa emulacion la misma ciudad de Burgos, de que los estraños, por decirlo así, se comiesen su sustancia, le dió á entender que pedian la razon, la justicia, y la obligacion que el celo comenzase por los propios; y como en Julian era encogimiento y desconfianza lo que parecia estrañeza, fácilmente se rindió á los deseos de sus conciudadanos. Comenzó á predicar en

las iglesias de la ciudad, y desde luego se conoció que eran estrecho teatro para los concursos las mas capaces iglesias. El aplauso fué sin igual, pero no fué estéril. Al número de los concursos correspondia el número de las conversiones; y cuando todos salian de sus sermones diciendo que nunca habia hablado así otro algun hombre, acreditaban sus lágrimas, sus sollozos, y la mudanza de las costumbres la verdad de lo que decian. Sin esta verdadera prueba, los mayores aplausos de los predicadores son estruendo de la lengua, y hojarasca de los oidos, á escusas del buen juicio, y sin noticia del corazon. Estendida por toda la España cristiana la fama del nuevo predicador, fueron muchas las provincias que le desearon, y muchas tambien las que le oyeron, experimentando con la general reforma, que la fama era menor que su mérito, y que aquella voz que suele cobrar mas fuerzas, cuanto mas camina, con efecto habia llegado algo cansada á sus oidos.

Esperimentólo así la santa iglesia de Toledo, y ansiosa de aumentar su esplendor con aquella brillante antorcha, como tambien de disfrutar mas de asiento su doctrina, su apostólico celo, y sus ejemplos, deseó, solicitó y consiguió hacerle prebendado suyo, con la sobresaliente dignidad de Arcediano. Fué Julian modelo de Arcedianos, como lo habia sido de Sacerdotes, y de Predicadores. El coro, los pobres, la vigilancia sobre las costumbres, la proteccion de las viudas, el amparo de los huérfanos, sus acostumbrados sermones, el estar pronto para servir al prelado siempre que éste imploraba las funciones de su ministerio, siendo *el ojo, y la mano derecha del Obispo*, segun la espresion de los sagrados cánones: estos fueron los continuos ejercicios de nuestro santo Arcediano, tan distante de representar la nueva dignidad con diferente aparato, que nunca se consideró mas obligado á dejarse ver en su casa, y en el público con mas humildad, con mayor moderacion, ni con mas pobre decencia.

Alfonso VII, Rey de Castilla, auxiliado del Rey de Aragon, habia conquistado pocos años antes la ciudad de Cuenca, restituyéndola á su legitima dominacion, despues de haber sufrido la tiránica de los Sarracenos. Muerto D Juan Yañez, su primer Obispo despues de la conquista, juzgó el Rey que no podia presentar para aquella silla hombre mas benemérito que á nuestro Arcediano de Toledo. Sobresaltóse estrañamente la modestia de Julian, cuando entendió la resolucion del Monarca; representó, instó, suplicó, lloró, y protestó la falta de virtud, de talentos, y de fuerzas; pero le fué preciso obedecer, siendo su misma

resistencia el mejor testimonio del acierto, y el fiador mas seguro de la eleccion.

Consagrado ya Obispo, tuvo poco que hacer para disponer su familia. Reduciase toda ella á un solo criado que le servia de paje, de capellan, de limosnero, de mayordomo y de secretario. Llamabase éste Lesmes, hombre en todo tan parecido á su amo, que rindió la vida en servicio de la caridad, y mereció á la iglesia de Burgos, donde recibe culto su cuerpo, las veneraciones de Santo. Con esta comitiva se dirigió Julian á su obispado, y entró á pié en la ciudad de Cuenca, sin admitir otro recibimiento que el que le hicieron (y él no podia escusar) las ansias de los pobres, las esperanzas de los huérfanos, y los suspiros de los necesitados.

Escedió con muchas ventajas toda su espectacion. Declaró desde luego que no se interesaria ni en un solo maravedí de las rentas de su obispado, y cumplió á la letra lo que declaró. Dedicólas todas, hasta el último cornado, al sustento de los pobres; á la redencion de los cautivos, á dar estado á las huérfanas desamparadas, á satisfacer deudas de los encarcelados, á socorrer hospitales, á regir y dotar otros nuevos, y á diferentes pias fundaciones; cuya memoria subsiste hoy en aquella ciudad, donde parece que dejó la caridad como en herencia, y la misericordia como fruto del terreno, ó como temperamento del clima. Mientras tanto el Obispo, y su capellan, á imitacion de S. Pablo, se sustentaban con el trabajo de sus manos, haciendo cestillas que vendian para alimentarse, y les sobraba mucho del producto que se agregaba á la gruesa de los pobres, porque para ayunar los dos, necesitaban poco dinero. Era mucho el despacho de estas cestillas, porque en cada una de ellas llevaban los compradores un seguro depósito de milagros, como se espermentó en una furiosa pestilencia que afligió en tiempo del santo Obispo á la ciudad, en la cual ningun enfermo las tocó, que no hubiese encontrado en ellas la salud: prodigio, que aun después de muerto el Santo, se espermentó por largo tiempo en muchas enfermedades, supliendo las cestillas de S. Julian, lo que faltaba al acierto de los médicos, ó á la eficacia de las medicinas.

No podia olvidarse de las obras de misericordia espirituales, el que con tanto esmero se dedicaba al ejercicio de las corporales, y era preciso que en su apostólico celo ocupasen el primer lugar las necesidades del alma, cuando se hacian tanto en su caritativa compasion las diligencias del cuerpo. Estaba aun muy reciente en la diócesi de Cuenca la memoria de los infieles que la habian tiranizado, para que todavia no se conservasen muchas

huellas, que la mezcla de los moros habia estampado en las costumbres de los cristianos, y para borrarlas del todo, visitaba Julian indefectiblemente cada año su obispado, y era cada visita, no como quiera una reforma, sino una visible trasformacion de los pueblos. Persuadido á que arreglado en los eclesiásticos el modelo de la grey, saldria sin defectos la fundicion del rebaño, se dedicaba principalmente á la buena formacion de aquéllos: se compadecia de los flacos, abatia el orgullo de los discolos, castigaba á los obstinados, y nunca daba cuartel á los escandalosos; pero en todos preferia los suaves medios de la dulzura á las severidades del rigor; y cuando echaba mano de éstas, daba bien á entender, que la aspereza de la medicina no era desabrimiento del médico, sino maliciosa rebeldía de la enfermedad. Con este método consiguió en breve tiempo que el clero de la diócesi de Cuenca fuese como un animado ejemplar á toda la clerecia de España; y para conservar en la suya los frutos de la reforma, ponía el mayor cuidado en no conferir las órdenes á sugeto alguno, cuyas ejemplares costumbres no legitimasen la pureza de la vocacion, y no pronosticasen el desempeño del estado, siendo de parecer, que rara vez se hace un eclesiástico ajustado de un seglar escandaloso.

Además de las exhortaciones públicas que hacia en tiempo de la visita, cuando se retiraba á la capital, predicaba todas las semanas á los muchos infieles, que habia aun dentro de ella; y para que se estendiese el mismo beneficio á los muchos mas que estaban-esparcidos en todo el obispado, iba de pueblo en pueblo ejercitando el propio ministerio, con lo que hacia innumerables conquistas para Jesucristo, desterrando el Aleoran, introduciendo el Evangelio, y al mismo tiempo que alumbraba á la ceguedad de los moros con las luces de la fe, movia la dureza de los cristianos á la reforma de la vida.

Pero ninguna cosa le ganó mas los corazones de todas sus ovejas, que aquellas entrañas de misericordia, con que se deshacia en beneficio de ellas el liberalísimo pastor. Esta inagotable caridad, que fué su verdadero carácter, le mereció innumerables favores del cielo, y fué acreditada con otros tantos prodigios. En cierta ocasion tuvo por convidado en la casa de los pobres al mismo Jesucristo, que le agradeció lo que hacia por ellos, honrándole con el título de *buen amigo suyo*, y prometiéndole en premio la eterna bienaventuranza. En otra vió repentinamente colmada de trigo su panera, para socorrer cierta necesidad, siendo así que reconocida un poco antes, se hallaba sin un grano. En otra se vió entrar por la ciudad una milagrosa recua cargada de granos sin guia,

ni conductor, que se dirigió al palacio del Obispo: y dejando caer los costales, desapareció, sin poderse averiguar quien la habia conducido. Dió orden el Santo á su fiel criado Lesmes, que al punto repartiase todo aquel trigo entre los pobres, proporcionando la distribucion á la necesidad de cada uno: hizolo Lesmes con tanto celo, y con tanta actividad, que rindió la vida al esceso del trabajo: mártir de la caridad, que murió de fatiga, porque otros no perciesen.

Claro está que el enemigo de la salvacion no habia de mirar con indiferencia aquel varon de misericordia, cuyas obras eran tan gratas á los ojos del Señor. Armóle todo género de lazos para derribarle. Uno de los muchos dias que ayunaba á pan y agua, se fué Julian á sentarse á la mesa, cuyo aparato se reducía á una pobre servilleta sobre una tosca tabla. Encontró en ella una hermosa trucha como de tres libras, cuya frescura era capaz de despertar al mas dormido apetito. Sorprendióse el Obispo; preguntó á su criado quién la habia puesto allí; respondió con verdad que no lo sabia, y sospechando Julian el artificio del enemigo comun, fué á cogerla para arrojarla en un pozo, y desapareció la trucha, quedando descubierto el lazo.

Estaba el Santo rezando en otra ocasion con el recogimiento que acostumbraba: entró un hombre en su cuarto cargado con talegos de moneda; y sin mirarle, por no interrumpir su devocion, creyendo que seria el mayordomo, le preguntó: *¿Qué traeis ahí? Señor, el dinero de las rentas*, respondió el hombre aparente. No ignoraba Julian que todas las devengadas estaban ya bien espendidas; pero persuadiéndose que podia ser alguna de aquellas milagrosas providencias á que estaba tan acostumbrado, iba á tomar el dinero, cuando éste y el que le traía se desvanecieron en humo, pero tan pestilencial y hediondo, que por largo rato dejó inficionada la habitacion con un hedor abominable; convirtiéndose en despecho de Satanás el imaginario triunfo, porque la accion de Julian fué efecto de confianza, impulso de la caridad, y desprecio de la codicia.

Tercera vez volvió á la carga el no escarmentado enemigo. Habia rescatado nuestro Santo á una doncella noble, natural de la ciudad de Burgos, á quien habian hecho cautiva los moros de Granada, y puesta ya en libertad, la habia casado con un caballero de iguales circunstancias; pero era ya muerta, sin que Julian lo supiese. Estando un dia en oracion, oyó una voz que le dijo: *Julian, siervo de Dios, ¿qué es lo que haces? ¿Duermes? ¿no me conoces?* Abrió los ojos, y viendo junto á sí á la que se figuró la doncella rescatada, la preguntó sobresaltado, ¿qué se

la ofrecia? A que respondió la representada mujer con halagüeña ternura, que venia á mostrarse agradecida á su caridad, y á corresponder obsequiosa á tanto como le debia, arrimándose mientras tanto hácia Julian, y añadiendo otras palabras de cariño. A este tiempo sintió el Santo, que con mano invisible le daban un empujón, y oyó una voz que le decia: *¿Qué haces, Julian? Mira que no es la que piensas, sino el sucio y abominable Satanás, que intenta engañarte*; y al punto desapareció el enemigo. Quedó nuestro Santo estrañamente confuso, y pareciendo á su delicadeza, que habia tenido algun descuido, le lloró amargamente, haciendo penitencia de él toda su vida.

Habiendo sido ésta no menos dilatada, que llena de virtudes, de ejemplos y de merecimientos, quiso en fin premiárselos el Señor, y para purificarle mas le envió una enfermedad no menos grave que penosa, la que entendió Julian habia de ser la última. Cuando le pareció tiempo pidió los santos Sacramentos, y para recibirlos con mas devoto aparato se vistió de pontifical; pero despues de recibidos, se despojó de los ornamentos de la dignidad: se vistió un áspero silicio, se tendió en el duro suelo, se cubrió de penitente ceniza, no admitiendo otra almohada que la de una dura piedra; y cuando ya habia entrado en la agonía, vió venir hácia sí una hermosísima doncella, cuyo ropaje escedia en candor á los ampos de la nieve, y el resplandor que despedia de sí, oscurecia los mismos rayos del sol. Traía en la cabeza una guirnalda de rosas; acompañábala una brillante tropa de vírgenes celestiales, y todas cantaban con dulcísima armonía, aquel verso del Eclesiástico: *Veis aquí al gran Sacerdote que en sus dias agradó al Señor*.

Dióle milagrosas fuerzas la visita celestial, hincóse de rodillas, rindió mil gracias á la Madre de su Dios, por aquel inestimable favor, y alargándole una palma la benignísima Señora, le dijo: *Toma, siervo de Dios, esta palma en señal de la virginidad y pureza que siempre has guardado*. Desapareció la vision, y poco despues se fué tambien tras ella la purísima alma de nuestro Santo, desprendida de su cuerpo, un domingo 28 de enero del año 1208, á los ochenta de su edad. Al mismo tiempo que espiró, vieron cuantos se hallaron presentes que salió de su boca un hermoso ramo de palma mas blanco que la misma nieve, el que se fué elevando por el aire hasta esconderse en los cielos, los cuales se rasgaron á vista de todos, y se oyó la música de los ángeles.

A una concepcion verdaderamente milagrosa, á un nacimiento acompañado de prodigios, á una vida llena de milagros, y á

una muerte tan colmada de portentós, se siguieron tantos después de ella, que la devoción de los pueblos comenzó á aclamarle Santo; instando porqué fuese elevado de la tierra, como se hizo pocos años despues, y colocándole sobre el altar de Sta. Agueda, se le rindió culto, se le celebró fiesta, y se le hizo lugar en el calendario. Trescientos y diez años se mantuvo su cuerpo en este altar, hasta que en el de 1518, siendo Pontífice Leon X, y reinando en España Carlos V, fué solemnissimamente trasladado al que hoy ocupa. Cuando se abrió la urna para registrar al santo cuerpo, se halló tan entero, tan sin corrupcion como si espirára en aquel punto; y las vestiduras tan nuevas y tan flamantes, como si acabáran de salir de la tienda. Estaba vestido de pontifical; mitra de raso blanco labrada de oro en la cabeza; báculo pastoral, cáliz y vinajeras todo de plata sobre el santo cuerpo, y al lado un ramo de palma, tan verde y tan frondoso como si le acabáran de cortar. Esta solemne traslacion es la que celebra hoy toda la Iglesia de España. Y en el dia 5 de setiembre solemniza la santa iglesia de Cuenca la fiesta principal de su gran patrono san Julian.

La Misa es en honor de S. Julian, y la oracion es la que sigue:

Suplicámoste, Señor, que escites en tu pueblo aquel espíritu de caridad de que llenaste á tu Confesor, y Pontífice el bienaventurado Julian, para que caminemos á tí, imitando los ejemplos de aquel, cuya fiesta celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 20 de los Hechos Apostólicos.

En los dias apostólicos Pablo envió á llamar desde Mileto á los ancianos de la Iglesia de Efeso, á quienes luego que se presentaron, estando juntos, les dijo: Cuidad de vosotros, y de toda la grey, en que os puso obispos el Espíritu Santo, para regir la Iglesia de Dios, que adquirió con su sangre Jesucristo. Y os encomiendo á Dios, y á la palabra de su gracia, que es poderosa para edificar y dar

herencia en todos los santificados. De ninguno codicié la plata, el oro, ó vestido, como sabeis vosotros mismos; porque todo lo necesario para mí, y mis compañeros sufragaron estas manos. Todo os lo he manifestado, porque trabajando así conviene recibir á los enfermos, y acordarse de la palabra del Señor Jesus, que dijo: Mucho mas dichoso es dar que recibir.

REFLEXIONES.

Testigos sois del modo con que me porté con vosotros, sirviendo á Dios con toda humildad. Esta fué la virtud de S. Pablo, y esta fué tambien, por decirlo así, la virtud de Cristo: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* Es la humildad el cimiento de toda virtud, y el titulo primordial para tener derecho á la eterna bienaventuranza. Con ella se puede aspirar á su dichosa posesion; y sin ella es vana toda pretension de conseguirla jamás. La soberbia precipitó de la corte celestial á los ángeles rebeldes, y la humildad la volvió á poblar de tantos espíritus verdaderamente humildes. No hay virtud que esté mas á mano para todo: ninguno hay que no se encuentre á sí mismo muy pequeño, si se mira con ojos sanos. Los empleos, los títulos, el nacimiento, las dignidades en sí mismas tienen algun precio, pero no le comunican: el verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas: el mas grande es el mas humilde; porque la soberbia y el orgullo siempre acreditan poco corazon, y poco espíritu. Basta haber pecado, ó poder pecar, para que vivamos siempre humildes. La virtud, la inocencia, el mérito, y la misma santidad ofrecen grandes materiales al ejercicio de esta virtud. Ninguno hay que no pueda, y no deba humillarse: el grande, conociendo su nada; el pequeño, amando su oscuridad y su abatimiento. Si Dios hubiera hecho dependiente nuestra salvacion de otra virtud, muchos quizá se considerarían escludidos de su reino; pero ninguno se puede excusar de ser humilde. No hay cosa mas fácil que el ser santos, cuando el ser humildes nos es tan natural. Pero no se trata ahora de aquella humildad especulativa, que consiste solo en conocer cada uno la pobreza de sus talentos: este conocimiento le tienen todos los hombres capaces, y solamente los tontos pueden dejar de tenerle. Háblase de la humildad cristiana, que es la humildad de corazon. Esta no solo abre los ojos del conocimiento propio; no solo enseña el bajo concepto que cada cual sabe debe tener de sí mismo, sino que se alegra de que los demás hagan tambien el mismo bajo concepto. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde: para ser humildes es menester complacerse en la humillacion, y este es el fundamento del edificio cristiano.

El Evangelio es del capítulo 6 de S. Mateo.

En tiempo que Jesucristo enseñaba á sus discípulos, que no

codiciasen las cosas temporales, les dijo: No queráis atesorar riquezas en la tierra, donde el orin, y la polilla roen, y los ladrones desentierran y roban. Atesorad bienes para vosotros en el cielo, donde no roe la polilla, y los ladrones no desentierran, ni roban. En donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. La antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si estos fuesen simples, todo tu cuerpo será luminoso, pero si tus ojos fuesen malos, todo tu cuerpo será tenebroso. Si la luz que hay en tí son tinieblas, ¿cuántas serán estas mismas? Ninguno puede servir á dos señores: porque ó aborrecerá á uno, y amará á otro, ó tolerará á uno, y despreciará á otro. No podeis servir á Dios, y á el dinero. Por tanto os prevengo, que no esteis ansiosos en vuestro interior de lo que habeis de comer, ni en vuestro exterior de lo que habeis de vestir. ¿Por ventura no importa mas el alma

que la comida, y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves que sin sembrar, segar, ni entrojár, las alimenta vuestro Padre celestial. ¿Acaso no valeis vosotros mas que ellas? ¿quién de vosotros por mas que discurra puede añadir á su estatura un solo codo? Considerad como crecen los lirios del campo, sin manufacturar, ni hilar: y sin embargo os aseguro, que Salomon en toda su gloria no se adornó como uno de ellos: si al heno del campo, que hoy existe, y mañana se echa en el horno, viste Dios de esta manera: ¿cuanto mas á vosotros, hombres de poca fe? No queráis ser ansiosos, diciendo: ¿Qué comeremos, beberemos, ó vestiremos? Todas estas cosas solicitan los gentiles. Vuestro Padre sabe muy bien que de todo esto necesitáis. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios, y su justicia, que lo demás se os dará por accesorio.

MEDITACION.

De la caridad con los pobres.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la caridad, ó la misericordia con los pobres, es una tierna compasion del alma, á vista de las miserias, y de las necesidades ajenas con un vivo deseo de remediarlas. Un corazón duro es señal de alma negra y maligna. Es la compasion una virtud connatural al hombre: apenas hay bárbaro que pueda mirar á sangre fria las lágrimas, y el desconsuelo de otros. Ninguna cosa hace á los hombres mas semejantes á las fieras que la inhumanidad, y ninguna es mas propia de un verdadero cristiano que la misericordia. Con mucha fre-

cuencia nos la inculcó Jesucristo, haciendo de ella como un mandamiento, ó precepto suyo muy particular, y queriendo que las obras de misericordia fuesen como las únicas condiciones, ó precisos títulos, por los cuales nos habia de conferir el reino de los cielos. Quiere que la caridad que tiene Dios con los hombres, sea, por decirlo así, la medida de la que nosotros debemos tener con nuestros hermanos: *Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial.* ¿A cuanta bondad, á cuanta compasion, á cuanta liberalidad nos obliga este precepto? Pero en medio de eso ¿cuales son sus efectos?

En vano nos dice el Salvador, que él mismo es el que nos pide limosna: que á él mismo se la damos: *mihí fecistis*: tiénese por una figura retórica, que se lee ó se oye con admiracion. ¿Créese por ventura que se da al mismo Jesucristo la limosna que se hace? ¿Créese que Jesucristo es el que gime en los calabozos, donde todo le falta? ¿Créese que es el que desfallece en los hospitales, el que se muere de hambre y de miseria en las casas particulares, mientras tú engordas entre la abundancia, y los escesos te acortan los dias de la vida? ¿Juzgas que fué efecto de la casualidad, ó de la industria el que los bienes se hayan como desatado sobre tu casa y sobre tu familia? Aquel Dios que todo lo dispone con infinita sabiduria, te hizo rico para que fueses padre, tutor y curador de los pobres. Como tengas cuidado de alimentar á éstos, que puso Dios á tu cargo, consiente el mismo Señor que tú te pagues el primero; mas con la precisa condicion de que has de proveer las necesidades de los pobres. No los olvidó en la distribucion y economia de su providencia. Dióte Dios esos bienes con la indispensable condicion y carga de cuidar de los infelices. ¿Pero se cumple el dia de hoy con esta obligacion indispensable? ¡O Dios! ¡cuantos ricos se condenan por no haber socorrido á los pobres!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la misericordia con los pobres no solo es prenda que asegura los bienes de la otra vida, sino fuente inagotable de las prosperidades de esta. ¡Cosa extraña! cada dia se están arruinando las casas, consumiéndose las mas floridas rentas, y haciéndose los mas locos, los mas superfluos gastos, por el deseo de la gloria, de sobresalir y distinguirse. Cómprase un poco de polvo que se echa á los ojos de las gentes, y un relámpago fugaz que se desvanece en un instante; hácese grandes gastos para dar al mundo unas escenas teatrales, que deslumbran, que engañan, que divierten por algun tiempo, y al cabo ordinariamente se terminan en confusion, en